

"RECUERDOS DE MI VIDA"

Por doña Martina Barros de Orrego (Edit. Orbe)

El género de memorias es acaso el que menos cultivadores tiene en nuestra literatura. Unos cuantos títulos han permanecido, entre los cuales uno solo posee significación trascendente en el terreno de la historia y en el del arte: **Los Recuerdos del Pasado**, de Pérez Rosales. Habría que mencionar honrosamente, también, los **Recuerdos de treinta años**, de Zapiola, y los **de ochenta**, de don Ramón Subercaseaux, el diario que de los acontecimientos revolucionarios de 1891 escribiera don Fañor Velasco y las Memorias de don Abdón Cifuentes y de don Crescente Errázuriz, con uno o dos más, dignos de recordación.

Puede, pues, considerarse como un acontecimiento literario la aparición del hermoso libro en que una gran mujer chilena, doña Martina Barros de Orrego Luco, ha recogido las emociones de su vida.

Obra escrita con notable sencillez, con el estilo y el lenguaje en que alternan las personas cultas, sin gasto de figuras y reposo de imágenes, traídas de tarde en vez y siempre con buen gusto, merece ser conceptuada entre las buenas de su género que quedarán por testimonio escrito de una época.

Los **Recuerdos** de doña Martina son ella misma. Leerlos es hablar con ella, participar de nuevo en su tertulia histórica que ha durado más de medio siglo, charlar en la media voz de la intimidad, de la comprensión y del afecto con una mujer que vale conceptuar entre las más representativas de nuestra grande aristocracia.

Leyendo sus páginas nos encontramos con la historia íntima de Santiago, vivida a través de un temperamento exquisito, en que se suman el buen gusto, el humor, el equilibrio sano y el raro don de comprender, tamizado el conjunto por una bondad que parece florecer en cada juicio como la esencia y el perfume de una sociedad que dió su tono espiritual a los años de mayor esplendor que ha conocido Chile.

Desfilan los recuerdos, se agrupan discretamente las anécdotas, siempre contadas con sal; las figuras ídas cobran por un instante el color de la vida; se ilumina el vasto paisaje con luces y reflejos que vienen de lo íntimo del alma. Los grandes hombres que fueron nos hacen añorar su ausencia y se alzan en majestuoso pedestal, destacados por el contraste del tiempo. Y dan ganas de pensar: ¿cómo se pudieron imponer estos hombres ayer y hoy dominan estos otros? Un día, por ejemplo, representaban a Chile en el extranjero don Benjamín Vicuña Mackenna, el Almirante don Manuel Blanco Encalada, don José Victorino Lastarria,

don José Manuel Balmaceda, don Domingo Santa María, don Diego Barros Arana, don Ramón Sotomayor Valdés, don Alberto y don Guillermo Blest Gana, don Guillermo Matta, don Ambrosio Montt y Luco, don José Antonio Soffía, don Ramón Barros. ¡Y hoy!... Eran entonces embajadores y ministros de la República los príncipes del espíritu, los grandes señores de las letras y de la inteligencia. Andaban los altos magistrados a pie por las calles y el Presidente se confundía de modo patriarcal con el pueblo que vivaba a la patria en los aniversarios nacionales.

Pasemos.

Doña Martina Barros recuerda con vivacidad, anota con precisión, pinta y dibuja en pocas líneas personajes o sucesos. Así nos hace asistir a la catástrofe de la Iglesia de la Compañía, a los días épicos —llenos de inmenso contenido— de la Guerra del Pacífico, a las jornadas dramáticas de la revolución en contra del Presidente Balmaceda, y a mil otros sucesos.

Pero hay un capítulo que tiene ya asegurado su sitio en nuestras antologías: aquel en que describe la casa de su abuelo y reconstruye el modo en que vivían las familias de la aristocracia santiaguina en la mitad del siglo XIX. Es tan viva la pintura, y el fresco se destaca con pinceladas tan claras, que el lector cree respirar el olor a sahumero de las viejas estancias de estructura colonial y siente avanzar hasta él todo un mundo que el talento de la autora ha sabido evocar con magnífico toque.

Mujer de letras y de sociedad, vinculada a nombres próceres del viejo patriciado, esposa de aquel varón renacentista que fué don Augusto Orrego Luco, doña Martina estaba, como pocas, calificada para realizar la tarea que con tanto acierto llenara en su libro. El compañero de su vida surge, naturalmente, a cada paso, y lo vemos adquirir ese relieve singular que le señaló en nuestro medio, relieve que futuros biógrafos han de recoger. Pero hay por ahí una anécdota que pinta su agudo ingenio de modo muy gráfico: preguntaba alguién, en su presencia, qué diría la posteridad de tal o cual suceso. "La posteridad no dirá nada de esto, repuso don Augusto; ni dirá nada de nosotros. Ya sería bastante que nuestros nietos se acuerden mañana de cómo nos llamamos"...

Los lectores cultos —cada vez más raros en nuestro país y en nuestra época— se acordarán mañana del insigne doctor y de la noble dama que con gracia tan elegante nos ha hecho el don de sus recuerdos.